

LOS REMIENDOS FILOSÓFICOS **DE LA ESTADÍSTICA**

FELIPE ANGEL

Las pruebas de la muerte son estadísticas
y nadie hay que no corra el albur
de ser el primer inmortal.

Alguien
Jorge Luis Borges

La construcción de los parámetros vivenciales que hoy rigen en nombre del autodenominado Postmodernismo puede atribuirse a la metástasis nietzscheana diseminadora de una prédica del fin de los relatos holísticos, del acabose de las narrativas universalizadoras, pero la filosófica no es la única tuerca que aprieta la camisa de fuerza con la cual esta época nos sujeta, cuando no nos agrieta.

En lo económico el correlato del Postmodernismo es la individualidad a ultranza en medio de una regulación mínima pues el Estado se considera la narrativa totalizante de la organización social; el Neoliberalismo. Esto conlleva, dentro de lo humano, a la falta de garantías individuales en vivienda, servicios públicos, educación, recreación o salud y, en cuanto a la relación humana con los ecosistemas, lleva a la demoledora carrera por explotar los recursos al máximo en el mínimo tiempo, a acabar selvas y ríos.

En lo artístico una eximia exclusión del público general, un arte sólo para artistas, enhebra telarañas muchas veces vanas que, como obras, no se expresan por sí solas, por lo que suelen añadir un textico complementario que les dé aliento, que le demuestra al espectador lo que la obra no le muestra.

En lo educativo prima un énfasis maquinal en las competencias, que se traduce en una desaparición curricular de los valores. Las competencias son, de suyo, saberes fragmentados en ingeniería y dentro de la ingeniería otra vez fragmentados en civil, eléctrica, sanitaria, de sistemas, etc.; fragmentados en medicina y a su interior otra vez fragmentados; en Derecho y, de nuevo, fragmentados hacia dentro en penal, civil, comercial, etc. Los valores, por el contrario, se apetecen universalizadores. El respeto por el Otro no admite excepciones; no matarás es una premisa holística.

Tras la II Guerra Mundial la fragmentación simbólica de las cosas de este mundo demanda una matematización igual, que cimente de una vez por todas el criterio postmoderno. Como los átomos atraviesan el Universo que constituyen, así igual después de Galileo la matemática ocupó cada vez más el espacio epistemológico de los demás saberes hasta llegar al sitio de reyezuelo de la ciudad de las ideas que ostenta hoy. Sin matematizar la fragmentación, el organismo simbólico colectivo carecía del pegante unificador, encargado de sellar lo uno con lo otro, esto con aquello, lo económico con lo educativo, lo artístico con lo ético, etc. De esto se encarga el Círculo de Viena, uno de cuyos artífices es Rudolf Carnap. Su propósito, cimentar filosóficamente la estadística como la matemática propicia para el mundo físico discontinuo de Niels Böhr; su libro, *La Superación de la Metafísica*.

El texto está construido sobre la base de que toda explicación holística es metafísica. Es necesario entender el esfuerzo de Carnap por solidificar el concepto de Böhr de una materia fragmentada, dividida, no continua, mediante

los principios estadísticos esgrimidos contra la causalidad. Esto lo enfrentó con Einstein, quien, junto con Planck, no duda de la primacía de la causalidad por encima de la estadística. Desde esta perspectiva no es difícil comprender por qué para Carnap cualquier esfuerzo por darle una continuidad a la materia ha de ser tomado como metafísica. La estadística supone basarse en una materia fragmentada; la materia continua le parece correlato de los sistemas argumentales holísticos. Sobre esta base crece y se abastece el pensar postmoderno.

La estadística es la primacía de las porciones ya que basa lo que la valida en el cálculo de los fragmentos en cuanto proporciones referidas a una totalidad definida de antemano. Metafísica se convierte en aquello que coloca la totalidad por encima de las porciones. La superación de la metafísica la realiza la estadística; así su raíz razona.

La dificultad de redactar el texto se nota. No pocas veces da vueltas sintácticas alrededor de una idea para no verse

abocado a colocar la palabra metafísica. Algo inquieta la concatenación argumental. Pero, cómo no, gente tesa los del Círculo de Viena. Cuando visten un corpus argumental poco se notan los remiendos. No obstante, ahí están y estos son.

Así pues, ¿cómo estar de acuerdo con Carnap cuando afirma que ha superado la metafísica? Sin embargo, ¿cómo no estarlo? Veamos. En la primera proposición, en la que se difiere de Carnap, se toma en cuenta la definición de metafísica que da en las Notas de Autor. En la segunda proposición, en la que se regocija un filósofo de la Naturaleza con la agudeza con que la lógica atrapa a la metafísica en su propia telaraña, no se tiene en cuenta esa definición.

Al incluir una redefinición del término básico, metafísica, ya al final y, por ende, sin contexto dentro del texto, Carnap se somete a aquello que inquieta la argumentación y cae en el afán al delimitar sus afirmaciones. Lo lleva a

cabo casi a escondidas, en el territorio tangencial de una nota a pie de página. Pero esto le parece peyorativo y la sube de categoría a Nota del Autor. ¿Qué dice, pues, esa Nota del Autor? ¿Por qué con fecha, “1960”? Dice así: "*metafísica*". El empleo de dicho vocablo a través de este estudio se hace de acuerdo con el uso común en Europa, es decir, aplicándolo al campo de un pretendido conocimiento de la esencia de las cosas que trasciende la jurisdicción de lo empíricamente fundado, de la ciencia inductiva. En este sentido, "*metafísica*" incluye sistemas como los de Fichte, Schelling, Hegel, Bergson, Heidegger, pero excluye aquellas tentativas orientadas a lograr generalizaciones o síntesis de los resultados de las diversas ciencias".¹

Carnap es explícito. Toma la palabra "‘principio’, en el sentido de principio de existencia, no en el de principio epistemológico o axioma".² Agrega: "A efecto de descubrir el significado que tiene la palabra ‘principio’ en este problema metafísico, debemos preguntar a los metafísicos bajo qué condiciones una proposición de la forma "X es el

¹ . P. 87

² . P. 71

principio de Y" es verdadera y bajo qué condiciones es falsa. En otros términos, inquiriremos por el criterio de aplicación o por la definición de la palabra 'principio'. El metafísico nos responderá aproximadamente como sigue: 'X es el principio de Y' quiere decir que 'Y surge de X', 'el ser de Y reside en X', 'Y existe en virtud de X', y así sucesivamente. Pero estas expresiones son ambiguas y tienen muchas interpretaciones posibles. Frecuentemente tienen un significado claro, por ejemplo cuando decimos de una cosa o proceso Y que 'se deriva' de X y observamos que las cosas o procesos de la clase X son frecuente o invariablemente sucedidos por procesos o cosas de la clase Y (es decir, hay una relación causal en el sentido de una sucesión regulada por una ley natural). Pero el metafísico nos dice que lo que él quiere 'significar' no es esta relación empíricamente observable, porque en ese caso sus tesis metafísicas no serían sino meras proposiciones empíricas de la misma clase de las correspondientes a la física. La expresión 'se deriva de' no tiene aquí el significado de una relación temporal o de una secuencia causal, que es el que comúnmente se asigna al vocablo."³

³ P. 71

Hay, pues, una forma, que llamaré Forma A, en la cual el concepto de principio es factible, es decir cuando hay "una sucesión regulada por una ley natural", y otra forma, que llamaré Forma B, en la cual el concepto de principio no es factible, es decir cuando no es "una relación temporal o de secuencia causal". Sin embargo, Carnap no sabe discernir entre la filosofía basada en aquella primera plausible opción y la filosofía basada en la segunda y poco plausible opción. En efecto, la primera frase del párrafo citado dice: "Diversos metafísicos han ofrecido una solución a la cuestión de cual sea el (supremo) 'principio del mundo' (o de 'las cosas', o de 'la existencia' o del 'ser') y han presentado como tal al agua, al número, a la forma, al movimiento, a la vida, al espíritu, a la idea, al inconsciente, a la acción, al bien y a otros semejantes".⁴

Veamos los principios que menciona. El agua de Tales, el número de Pitágoras, la forma de Aristóteles, el movimiento de Heráclito, la vida de Darwin, el espíritu de Hegel, la idea de Platón, el inconsciente de Freud, la acción de William James, el bien de Platón. Combina de manera

⁴ P. 71

exenta de rigor las vertientes filosóficas regidas por la Forma A con las regidas por la Forma B. Metafísica son solamente las de Forma B, como lo señala el propio Carnap en la Nota de Autor. Las de Forma A son Filosofía de la Naturaleza. ¿Cuáles son de la Forma A? El agua, el movimiento, la vida, el inconsciente, la acción. ¿Cuáles son los de Forma B? El número, la forma, la idea, el bien. Representan escuelas filosóficas completamente distintas. Peor aún, antagónicas. En la movilidad de este antagonismo se escenifica la historia de la filosofía. Perder de vista que estas son las dos opciones antagónicas que tiene el filósofo es necesario para Carnap. Al negar la causalidad, aquello que se avenga a declararse sistémico-holístico ha de ser metafísica. O sea que no corresponde a la física que plantea una materia discontinua. Esto lo lleva a definir, a última hora, en una Nota de Autor, lo que es metafísica en contraposición con la definición que usa a lo largo del texto. ¿Cómo puede alegar que la flora no es un Y que tiene su principio en una sucesión regulada de un X que es el agua? ¿Cómo suponer el agua como un principio metafísico? ¿Cómo puede existir una sucesión regulada sin movimiento? ¿Cómo excluir el movimiento dentro de la

ciencia? ¿Cómo declarar el movimiento como metafísico? Esta dicotomía al definir metafísica atraviesa todo el texto. De ahí el papel ambiguo que Carnap le otorga a la filosofía; de ahí los remiendos filosóficos de la estadística. Bien ironiza el porteño: de creerle a la estadística todos corremos el albur de ser el primer inmortal. La estadística no rige en todos los casos: todo ser vivo muere. No ha lugar a porcentajes.

Después de señalarnos lo que es una proposición elemental, indica los cuatro interrogantes sobre una proposición específica, que él denomina P. Las define como, Condición 1, la "formulación correcta"; la correspondiente a la lógica, Condición 2; la de la teoría del conocimiento, Condición 3, y, por último, "de acuerdo a la filosofía", como Condición 4.⁵ Este último criterio, la Condición 4, el filosófico, desaparece en el resto del texto. Veamos un caso: en la siguiente página dice: "Teniendo en cuenta que el significado de una palabra se define mediante su criterio de aplicación (en otras palabras: mediante sus relaciones de derivación de su proposición elemental, mediante sus condiciones de verdad

y mediante el método de su verificación)".⁶ Ya no aparece la Condición 4.

Veamos otro caso: después de asimilar la palabra *Tago* a la Forma B y la palabra *Tego* a la Forma A, dice: "Resumamos brevemente el resultado de nuestro análisis"⁷ y da cuatro nuevas "condiciones": "1. Que las notas empíricas de "a" sean conocidas; 2. Que haya sido estipulado de qué proposiciones protocolares es derivable 'P(a); 3. Que las condiciones de verdad para 'P(a) hayan sido establecidas; 4. Que el método de verificación de 'P(a)' sea conocido".⁸ Lastima que una coja nota a pie de página nos remita a Wittgenstein sin otro propósito que la mención como bastón; lastima porque, de nuevo, la filosofía aparece en notas a pie de páginas, a veces exaltadas a Nota del Autor. Poseo el indeclinable derecho a promulgarlo; la lealtad argumental me acompaña: la Condición 4 del esquema inicial ha desaparecido. ¿Por qué? Carnap ha desechado el

⁵ P. 68

⁶ P. 69

⁷ P. 70

⁸ P. 70

filosofar de la filosofía al reducirla exclusivamente a la Forma B.

Hasta este momento he planteado aquello que me imposibilita estar de acuerdo con Carnap. A partir de aquí la inclinación del texto se convierte en un lúcido análisis de las limitaciones lógicas de la Forma B, sin dejar de conservar su esquema donde toda la filosofía es de Forma B.

En cuanto a los análisis lógicos a los cuales somete a la Forma B hay que agradecer la valentía y la claridad de su argumentación. Somete a Descartes y a Heidegger a severos ataques, agarrado solamente de la lógica. Ya el eunuco Abelardo siglos atrás sometió a la metafísica de su tiempo a un ataque semejante, basado en el único libro de Aristóteles traducido por aquella época, la Lógica. Pero después Carnap ya no es tan audaz. En el tercer párrafo de la página 73, vuelve sobre la palabra principio y menciona 17 ejemplos. No aparece ninguno de los de Forma A, mencionados en la página 71. Ni agua, ni movimiento ni

vida, etc. Ahora sí limita sus ejemplos a la Forma B, la verdadera metafísica. La dicotomía sobre la definición de metafísica que atraviesa el texto lo obliga a elegir sus ejemplos con cuidado. Ya desplegado su pensamiento no puede colocar los ejemplos de la Forma A. El lector caería fácilmente en cuenta de los remiendos con que cose la dicotomía filosófica.

En el primer párrafo de la página 84, nos habla de una "‘filosofía científica’ en contraposición a la metafísica".⁹ Aquí se inclina por la Forma A. Nos promete estudios posteriores sobre "metalógica"¹⁰ que, de darle crédito, absolverán las legítimas dudas que presenta su posición con respecto a la definición de metafísica y, por ende, a qué se refiere cuando afirma haberla superado. Ciertamente el candor cabe en filosofía pero no tanto como para aceptar promesas en vez de argumentos.

⁹ P. 84

¹⁰ P. 84

Por eso continúa su camino como si toda la filosofía fuera la Forma B. Entonces aparece una frágil estética, donde en los remiendos de sus grietas mal cerradas coloca la metafísica como un agente estético de segundo orden, donde la "metafísica es una actitud emotiva ante la vida"¹¹, según el título del acápite. Se basa en que la metafísica surgió del mito. Por lo tanto es una cosmovisión a la manera de Dilthey, aunque la idea más se asemeja a la cosmovisión de Max Scheller. El metafísico sólo ha "expresado algo, como el artista".¹² Coloca al poeta por encima del metafísico porque aquel no incurre en "el autoengaño"¹³ de suponer que dice algo sobre lo cierto o lo falso.

Participa uno del entusiasmo cuando Carnap somete lo que es verdaderamente metafísica a su maquinaria lógica. Es lo que he llamado la Forma B. Pero mudo queda ese mismo entusiasmo cuando Carnap cede a sus necesidades epistemológicas, las cuales mostré en la primera parte de este ensayo.

¹¹ P. 84

¹² P. 84

Para sostener el concepto de materia fragmentada, no unida; para mantener la estadística como criterio de certeza y, por último, para afirmar que ha superado la metafísica no desdeña remendar la necesidad epistemológica al englobar toda la filosofía dentro de la metafísica, candorosa y arbitrariamente según su conveniencia. ¿Por qué es necesario para Carnap? Porque si admite que el agua, el movimiento o la vida son principio de otras cosas ha de admitir que no es la lógica ni el lenguaje lo que explica el mundo y, así ya dado, el criterio de certeza pasa a estar en los hechos, en los procesos de las secuencias reguladas por las leyes naturales.

Tales, Heráclito o Darwin y Einstein se atienen al mundo exterior a lo humano como núcleo nutricional del Universo. Poco les importa el lenguaje y su lógica. De ahí que Carnap ha de englobar ficticiamente toda la filosofía en una de sus vertientes, que es la metafísica. No puede aceptar la Filosofía de la Naturaleza porque su demostración carece de importancia si lo hace. Tampoco puede desdeñarla. Ya desde el 28 de noviembre de 1919 Einstein pone las cosas

¹³ P. 86

en su sitio: no sólo la Teoría de la Relatividad sino Newton pertenecen a la Filosofía de la Naturaleza. En efecto, así lo expone en el *The Times* de Londres en la citada fecha: “Pero no podemos suponer que la enorme labor de Newton pueda ser desbancada por la relatividad o cualquiera otra teoría. Sus grandiosas y lúcidas ideas conservarán su importancia singular para todos los tiempos en cuanto base de toda nuestra estructura conceptual moderna en el campo de la Filosofía de la Naturaleza”. Einstein continúa la tradición que lo explícito del título original de la obra de Newton no escatima:

PHILOSOPHIAE NATURALIS
PRINCIPIA MATHEMATICA

Por ello, porque no puede desdeñar la Filosofía de la Naturaleza y su imbricación con la física, Carnap nos trae el pequeño párrafo de la página 84. Es ahí donde, sin rigor, sin despliegue y alimentándonos con promesas, postula la "filosofía científica" como algo distinto a la Filosofía de la Naturaleza, destinado a construir un espacio filosófico para

la única parte de la física que puede llegar a aceptar, la de la materia discontinua de Niel Böhr. Entonces se entiende la causa por la cual trae la Nota de Autor sobre la definición de metafísica. Más que una Nota de Autor es un pegote que va en contravía del texto; un remiendo, pues. ¿Qué consecuencias tiene esto? Múltiples y no nimias

Difícil empeño emprenderá aquel que desee desmontar los argumentos de Carnap contra la Forma B. La Forma A, la Filosofía de la Naturaleza, se clava como una espina en la displicencia de nuestra época. Se clava como una espina porque proviene de un mundo exterior no gobernado por el ser humano; espina que muestra nuestra pertenencia a la naturaleza. Nuestro 'principio'. El agua sí es un principio de lo humano, al igual que lo es de aquello que engloba lo humano, la vida. Pero esto sólo puede aceptarlo Carnap en Notas de Autor o en párrafos promeseros. ¿De aceptar la primacía de Natura, dónde, entonces, quedaría la primacía del lenguaje y de la lógica?